

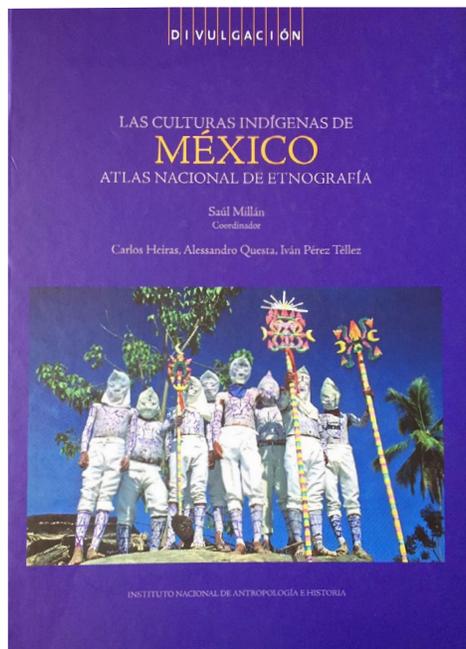
# RESEÑA

## POR UNA INTERCULTURALIDAD RESPETUOSA

**Alicia Barabas**

INAH-Oaxaca

barbar2@prodigy.net.mx



**Saúl Millán (coordinador)**

2018 *Las culturas indígenas de México. Atlas Nacional de Etnografía*. Colección Divulgación, Secretaría de Cultura, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 739 pp.

Esta obra de alta divulgación merece sin duda una felicitación para los autores en muchos aspectos. Uno de ellos es presentar a los lectores un amplio espectro de temas que los antropólogos que nos precedieron han investigado, y que nosotros investigamos, en el seno de los pueblos originarios, desde diferentes perspectivas teóricas. Otro es, sin duda, hacernos ver con claridad la presencia de cada uno de los pueblos originarios que habitan el país, a través de una cuidadosa exhibición de algunas de sus expresiones culturales, lo que comprueba una vez más la pluralidad etnocultural que caracteriza a México. Es de esperar que la obra tenga gran difusión, no sólo en el medio antropológico o académico en general, sino también dentro de la sociedad mexicana en su conjunto que, hasta ahora, cuenta con pocas referencias serias y completas que den a conocer a los pueblos indígenas en el México contemporáneo.

Tenemos que congratularnos porque la publicación de este *Atlas Nacional de Etnografía* culmina la primera época del Proyecto Nacional Etnografía de los Pueblos Indígenas de México en el Nuevo Milenio, que comenzó en 1999, desarrolló ocho líneas temáticas de investigación, y finalizó con la publicación de los cinco libros surgidos de la línea sobre “Chamanismo y Nahualismo en el México actual” (2009), que coordinamos Miguel Bartolomé y yo. Este vasto proyecto estaba auspiciado por la Coordinación Nacional de Antropología del INAH, lo está también en la etapa actual, y estaba apoyado por CONACYT, lo que nos permitió obtener las becas necesarias para la formación de un nutrido grupo de auxiliares de investigación que componían los equipos regionales, quienes también realizaron tesis de grado y posgrado y se graduaron en el contexto del Proyecto Etnografía. En él participamos Saúl Millán, Miguel Bartolomé, Jesús Jauregui, Margarita Nolasco y yo, como miembros del Consejo Académico y como coordinadores de equipos regionales y líneas temáticas de investigación. Carlos Heiras, Alessandro Questa e Iván Pérez son ejemplos destacados de los jóvenes que comenzaron a formarse en él. No quiero profundizar más en el Proyecto sino sólo señalar que la investigación y publicación de atlas etnográficos de los diferentes estados o regiones fue uno de sus pilares, y el objetivo era dar a conocer las realidades actuales de los pueblos originarios y su riquísimo patrimonio cultural.

Hasta el presente se han publicado doce *Atlas Etnográficos*: Oaxaca, Chihuahua, Hidalgo, Ciudad de México, Chiapas, Semidesierto y Querétaro, Estado de México, Morelos, Puebla, Veracruz y el de los Pueblos Indígenas del Noroeste. Aunque aún faltan algunos atlas regionales, la publicación del *Atlas Nacional de Etnografía* viene a culminar aquél propósito.

Se trata de una obra cuidadosamente editada, en bello papel ilustración, con excelente material visual de prestigiosos fotógrafos y archivos fotográficos. Con gráficas y mapas muy ilustradores, en color, legibles y atractivos, con material estadístico sobre lenguas habladas y sobre muchos otros aspectos, elaborados a partir de los archivos y materiales de la CDI (ahora Instituto Nacional de los Pueblos Indígenas) y del Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI). Lo más importante es que incluye a todos los pueblos indígenas de México y, en una de las secciones, nos entrega un breve, pero adecuado resumen de cada uno de ellos acompañado de mapas con su ubicación geográfica, que más adelante se complementa con las síntesis de cada familia lingüística.

Hay que aclarar que se trata de un texto complejo, con muchas secciones e información escrita y gráfica que, desde mi perspectiva, está organizada en acuerdo con las concepciones y orientaciones teóricas y metodológicas del coordinador y de los investigadores –algo nada censurable. Lo que resulta perceptible es cierta inclinación mayor hacia los temas de la cultura por sobre los de la sociedad y, dentro de la cultura, una predilección por las expresiones simbólicas por encima de las materiales.

Se puede –o no– estar de acuerdo con la selección de temas tratados en los artículos de fondo y en los recuadros, o con los autores escogidos para cada uno; pero lo cierto es que esta propuesta que nos presentan los autores es coherente, exhaustiva, académica y a la vez didáctica, atractiva para los lectores y, sobre todo, da a conocer a la sociedad nacional y a los propios pueblos indígenas, quienes muchas veces no se conocen entre sí, pinceladas bien escogidas de las diferentes culturas y sus formas de ver el mundo.

Resulta imprescindible seguir el índice general para guiar la lectura de esta obra, que se divide en tres secciones y la presentación. La primera sección, breve, “Estudios básicos”, con dos contribuciones, pienso que bien escogidas: Bonfil y Warman, dos grandes de

la antropología nacional. La segunda, algo más amplia, "La sociedad indígena", dividida en "Economía", "Organización social y cambio" y "Modernidad", cada una ilustrada con tres artículos. La tercera, muy extensa, llamada "Culturas indígenas", que incluye nueve temas, cada uno ilustrado con tres artículos y recuadros. En general, desde mi apreciación, los artículos y los textos de recuadros escogidos son buenos, representativos de los temas tratados, y han sido escritos por autores reconocidos de la antropología mexicana, nacionales y extranjeros, aunque como es lógico siempre faltan algunos nombres que podrían estar presentes.

Puede disturbar que muchos de los textos, si bien algunos son clásicos, son antiguos –ubicados entre 1950 y 2000–, y a veces ya superados en sus concepciones, en tanto que existen contribuciones más actualizadas sobre los mismos temas que no han tenido la fortuna de formar parte de la obra. Tal vez, en una segunda edición. Dos ejemplos de lo anterior. El texto de Aguirre Beltrán, "Esferas de la actividad económica", tomado del libro *Regiones de refugio* (1987), si bien es fundamental en la historia de la antropología hoy en día puede ser cuestionado. Ya no se piensa que el gasto ceremonial sea "consumo conspicuo" sino que se considera parte fundamental de las prácticas religiosas y sociales que integran la cosmovisión de cada pueblo. Ya no entendemos el sistema de cargos políticos y religiosos, con sus mayordomías, como "economía de prestigio" sino como institución de servicio comunitario e intercambio recíproco. Igualmente, el artículo de Enrique Marroquín, el primer estudio global sobre los protestantes en Oaxaca, de 1996, es muy importante para los estudios comparativos sobre este tema, pero ya se encuentra desactualizado.

Me referiré brevemente a la "Presentación" del coordinador de esta obra. En uno de sus párrafos hace alusión al artículo segundo de la Constitución nacional y reflexiona acerca de que "la investigación etnográfica resulta una herramienta eficaz para promover el modelo de nación (pluricultural) que la legislación nacional propone" (2018:15). Concordamos con él en esta propuesta y en que el objetivo de la etnografía es conocer y dar a conocer la diversidad cultural, los distintos rostros del México Indígena en los contextos regionales y nacional. Y, me gustaría agregar, no sólo como propósito en sí mismo, lo que es muy válido, sino también para contribuir a la educación intercultural de niños, jóvenes y adultos, así como para orientar políticas públicas adecuadas para los pueblos indígenas.

Un aspecto que me preocupa es la regionalización (2018:90). Presentar información por regiones es central en un estudio de esta naturaleza y, como señala Saúl, ellos no han realizado una investigación especial para regionalizar el país porque ése es un objetivo que está fuera del alcance de esta obra, sino que se han valido de regionalizaciones preexistentes, ya conocidas, que en ocasiones han surgido de la CDI o el antiguo INI y en ocasiones de los gobiernos de los estados u otras instancias. Bien sabemos que cualquier regionalización es producto de los criterios que se seleccionen para realizarla. Resultarán así regiones económicas, geográficas, geopolíticas, etnoculturales, etc., para mencionar sólo unos pocos criterios que pueden guiar el modelo de ordenamiento territorial. Desde mi perspectiva, una regionalización pensada para dar a conocer la presencia, ubicación, representatividad y diversidad indígenas, debería orientarse principalmente por el criterio etnocultural. Puede ser que en algunos casos las regionalizaciones que el *Atlas* toma como base estén guiadas por criterios etnoculturales, pero en otros casos, como el de la mayor parte de Oaxaca, no es así.

Para Oaxaca, el libro retoma la regionalización construida por el Estado, guiada por criterios geo-estadísticos, y nos vuelve a presentar las ocho regiones que no hacen más que seccionar los territorios e invisibilizar la pluralidad de los pueblos indígenas. Por ejemplo, la llamada Región Mixteca incluye mixtecos (de tres áreas geográficas: baja, alta y costa) pero también incluye a chochos, ixcatecos, triquis, tacuates, amuzgos y afromexicanos, que desaparecen bajo la nominación de “Región Mixteca”; y así sucede en varias de las regiones. Aunque estas ocho regiones vuelven a aparecer más adelante en el libro con mayor explicación, me preocupa que la obra, que esperamos tenga gran alcance social, corra el riesgo de confundir al lector promedio y naturalizar las regiones establecidas por el Estado, que escatiman la mostración de la pluralidad étnica dentro de ellas.

Algo similar ocurre con los datos estadísticos que se presentan, porque éstos son los que proporcionan el INEGI y el Instituto Nacional de Lenguas Indígenas. No es posible responsabilizar a los autores del *Atlas* por ellos, pero se reproducen errores en las estadísticas de población hablante de lengua indígena, como cuando dice que en Santa María Ixcatlán, Oaxaca, única comunidad ixcateca, 41 por ciento de la población habla ixcateco cuando en realidad la etnografía muestra, y se ha publicado, que lamentablemente quedan unos pocos hablantes. O cuando en un recuadro dice que la población chatina tiene poca movilidad, en tanto que gran parte de ella es migrante a Estados Unidos. Desde mi perspectiva, hasta que las estadísticas oficiales no sean plenamente confiables, lo más prudente es que los lectores no tomen esos datos numéricos al pie de la letra sino sólo como referencias.

Me ha gustado particularmente un artículo original de Saúl Millán, “las danzas indígenas y el mundo animal” (2018:613), por la rica y poco conocida información etnográfica que nos brinda sobre las llamadas “comparsas de animales” entre numerosos pueblos indígenas, que muestran las danzas que tienen por protagonistas a ciertas aves u otros animales, de acuerdo con la cosmogonía de cada pueblo, y el valor espiritual y terapéutico atribuido a danzas, cantos, música e instrumentos musicales humanizados, ya que sus ejecutores, al igual que los chamanes curadores, han recibido sus dones de la divinidad mediante el sueño, y no pueden evadirse de ellos. De gran interés y valor didáctico es también la sección siguiente, “Danzas indígenas en México”, sin autores firmantes, aunque la organización del material habrá sido realizada por los investigadores, que nos entrega una breve, pero precisa, descripción de todas, o casi todas, las danzas indígenas actuales y los pueblos que las ejecutan y las comparten.

Esta excelente obra es no sólo difusora de conocimiento sino también promotora de una interculturalidad respetuosa, tan necesaria en un estado nacional pluricultural como México.